

La Pobreza en la Vida Económica

Por Carlos Mario Londoño

La pobreza como norma de vida. — Frente al mito capitalista de la riqueza, el cristianismo levanta no un contramito, sino cierta norma de vida llena de plenitud y de fuerza: el espíritu de pobreza. Porque la reforma económica y social no se alcanza por puros medios materiales. Todas las tendencias que la buscan están saturadas de preocupaciones filosóficas y morales. Y de una gran pasión humana por realizarla. La revolución económica moderna —ha escrito Alceo Amoroso— está cargada de pasión. Y es la pasión inconsciente de las masas por la justicia, acrecentada por la conciencia viva de sus derechos, que anima gran parte del ambiente revolucionario en que vivimos. Procurar un ideal moral como elemento esencial del nuevo orden de cosas, no es pretender una utopía, sino superar el pragmatismo vulgar y pisar el terreno de la más firme realidad trascendente.

El impedimento mayor que se opone a la transformación económica y social, es la falta de un espíritu vivo que la anime. De un espíritu como el de pobreza, pues solo éste permite la distribución pacífica y justiciera, ya que únicamente puede **comunicar** a otros el que está **desprendido**, el que ve en las cosas medios y no fines; puesto que “la pobreza no es una privación de bienes materiales, sino el desprendimiento de ellos y su distribución equitativa”. Sin ser la pobreza una privación de bienes, tampoco es el equivalente —como podría pensarse superficialmente— de una economía de desperdicio. Se trata, en cambio, de una economía de aprovechamiento más racional de todas las cosas, dirigidas hacia su destino específico.

El ideal de la pobreza no constituye una vuelta a las condiciones empíricas de la economía, como quería Gandhi, sino un retorno a la **racionalización** de todos los bienes económicos para que cumplan sus fines propios. Esto en vista de que las condiciones de la sociedad moderna exigen la implantación de cierta economía cada vez más especializada y universal, y mejor vivida y comprendida.

Lo urgente es cambiar la finalidad de la vida, desprendiéndola de aquello que hasta hoy reduce toda la existencia a la conquista de bienes materiales de fortuna.

El despego de las cosas, no es sólo una virtud moral, sino también la **condición** de cierta vida social más humana y más feliz. Es virtud económica superior a la avidez capitalista y burguesa de lucro. Sólo en la sociedad en que el instinto del lucro ejerza acción menos poderosa de la que todavía ejerce, será posible corregir algunos de los males que el mito de la riqueza extendió por el mundo.

El amor a la pobreza no puede continuar siendo únicamente un ideal de almas selectas. Debe ser una virtud personal y social ambicionable por todos los hombres, como elemento de orden para la construcción de un mundo mejor. Por eso la presentamos como ideal para una sociedad nueva, y sobre todo para estos pueblos nuestros que están en camino de ser algo.

El obrar económico hace parte de toda actividad social. Lo que se requiere es colocarlo en su propio lugar. Y la primera condición para lograr este objetivo, es orientar las inteligencias en el sentido de estimar los bienes materiales como medios inferiores útiles ordenados a fines superiores, y no como valores definitivos; y buscar más el servicio que el beneficio. Por eso es preciso sustituir el mito de la riqueza por el ideal de la pobreza. Nada de esto es utópico. Lo utópico es pretender crear una nueva economía con el **mismo** espíritu y con las mismas estructuras que están haciendo fracasar el capitalismo.

El ideal de la pobreza no tiene parentesco alguno con el comunismo que proclama la supresión de la propiedad. Por el contrario busca la multiplicación de ella, y pretende —justamente— aumentar el número de propietarios, pues la propiedad limitada es un elemento esencial de la libertad, mientras que la propiedad ilimitada es una vuelta a la esclavitud (1).

Caracterización del espíritu de pobreza. — Uno de los problemas que nos plantea la vida en todo instante, y de cuya solución acertada depende en parte el éxito de la vocación de cada hombre, la solidaridad social y el bien común económico de las naciones, es el uso racional de las cosas. Pero la razón no puede dejarse sola. Es preciso que esté asistida por un espíritu que la aliente y le señale el camino.

Para evitar los equívocos que sobre la pobreza se fraguan, es conveniente hacer una distinción entre lo que se entiende por pobreza espiritual, que es una virtud hija de nuestra libertad interior, y la pobreza en sentido socio-económico.

La pobreza espiritual, la que es deseo, tendencia, amor y espíritu en nosotros, consiste en el desprendimiento voluntario de todos los bienes temporales. Es la renuncia libre sobre el dominio de las cosas; es no dejarnos poseer por ellas. Es el utilizarlas como medios, sin poner nuestros afectos, ni nuestro espíritu en ellas. Es, en una palabra, estar por encima y señorearlas. “Por eso hay pobres que realmente son ricos”, y al revés. Cuántas veces el que es económicamente pobre, por sus deseos y por su entrega de espíritu a la riqueza y a las cosas, es

1) — Alceo Amoroso Lima: “Mitos de nuestro tiempo”. Buenos Aires 1944, pág. 126 y 127.

tan rico como aquél que las posee y las goza realmente. Y hay ricos, también, que poseyendo la riqueza la emplean con generosidad y magnificencia, y no se apegan y pueden llegar hasta el punto que si fuere preciso se despojarían de ella heroicamente.

Para la ley económica que se desenvuelve desde el mínimo de materia o esfuerzo, hasta el máximo de producción y utilidad, la pobreza es una deficiencia. No un valor; más bien, es la negación de él. En cambio, para el hombre, la pobreza es una virtud positiva, porque otorga capacidad para darse. Para darse a sí mismo en la vocación que persigue. Y para darse a los demás sin atadura ni obstáculos.

Si la pobreza nos liberta de la prisión de la materia y nos conduce hacia el amor, necesariamente tiene que ser espíritu que hace posible el desprendimiento. Que no permite que las riquezas nos invadan y encadenen y nos pongan a su servicio, sino que nos inmuniza por medio del gran aislador de la indiferencia. Si poseemos bienes, ellos no hacen parte de nuestro **patrimonio afectivo**. Sólo les conferimos estimación en la medida en que nos hacen libres, en que nos dan mayor independencia, inclusive hasta llegar a no necesitarlos.

En la vida corriente el espíritu de pobreza debe encarnar en realidades tangibles, porque como es instrumento para poseer el amor, el verdadero amor, su tendencia, su deseo, es real. Ya que el amor auténtico no vive de mitos, sino de realidades. Por esto hay que elevar la pobreza a norma de conducta de nuestra vida, a contenido de nuestra vocación y a límite de nuestra ambición.

La pobreza socio-económica. — Cuando el hombre llegó a la tierra encontró muchas cosas en ella. Su ingenio y su trabajo han contribuído a multiplicarlas, para que le sirvan como sustento de su vida y como medios de perfeccionamiento cultural y espiritual. Este es su valor y su razón de ser. Todo lo demás que con ellas puede hacerse se sale de su destino natural y obvio. Las cosas están al servicio del hombre, de todos los hombres; y, por tanto, de cada uno de ellos. De aquí que nadie pueda ser privado de los recursos suficientes para mantener decorosamente su vida, de acuerdo con su estado, y lograr el objetivo racional de su existencia.

Son, pues, las cosas, medios, no fines. Están a nuestro servicio para nuestro bien, y para el bien de los demás. En cuanto ellas se opongan a nuestro bien o al bien de la comunidad social, deben ser abandonados a su propia suerte. Porque, de lo contrario, perderíamos la libertad y nos haríamos sus esclavos.

La diferencia de calidades humanas y la presencia de ciertos hechos, determinan la diversidad de profesiones, conocimientos y oportunidades con que cuenta cada hombre. Así mismo, el medio social, cultural y físico, le proporcionan la atmósfera en la cual debe moverse. Todo esto concurre a crear distintos estados socio-económicos en las agrupaciones humanas. Los más definidos son la miseria, la pobreza y la opulencia.

No obstante la demarcación general que de ellos puede hacerse, algunos confunden a menudo los dos primeros, y no falta quien

quiera agazapar bajo el manto de la pobreza, la naciente y próspera opulencia.

La miseria es la ausencia absoluta de los bienes económicos indispensables para vivir simple y honestamente. Y cuya falta impide la realización normal del hombre. Pues es muy difícil desenvolverse y pensar en cosas de la inteligencia y del espíritu bajo la tortura de la fatiga.

La pobreza, en puro sentido socio-económico, se caracteriza por la posesión de ciertos bienes materiales indispensables al hombre para vivir como criatura racional con una vocación y un destino. Es el mínimo necesario a los seres libres, pero sin llegar jamás a poseer lo superfluo.

Esta clase de pobreza tiene una gran importancia, pues coloca al hombre en condiciones económicas de desarrollar normalmente su vida en sociedad. Más no debe identificarse con la otra, con la verdadera y sustancial que nos conduce siempre hacia el amor.

La pobreza socio-económica comprende dos elementos: **la inseguridad y la privación**. La inseguridad es la amenaza permanente que padece el hombre de que algo le faltará; sin saber cuánto, ni qué, ni en qué momento. Y la privación, que es la falta real de alguna cosa, que le hace desajustar los renglones de su presupuesto. Esto, por la razón de que cierta escasez es la **constante** de la pobreza. Es el ritmo pendular. De aquí la cautela que debe tener el pobre para sus movimientos. Pues las circunstancias que permanentemente lo rodean y las imprevistas que le pueden sobrevenir, le sitúan en pie de aventura. De esa pequeña aventura de vivir decorosamente, que en nuestra sociedad capitalista se ha tornado tan dramática. Y de la cual depende, en gran parte, la gran aventura de la realización del hombre y de su historia.

La pobreza, como estado socio-económico, no puede ser bohemia; porque ésta lleva, como dice Sertillange, cierta idea de desorden, que puede ser agradable, mas no constructiva. Y siempre son los bohemios una carga deficitaria y pesada. Tampoco es excentricidad la pobreza. Esta es una fea caricatura que tiene relaciones con el descuido y la desadaptación social, y que muchas veces refleja desviaciones y hasta vicios inconfesables. Ni pobreza es mugre, ni desgreño, ni ordinareiz, ni desorden, ni nada que a esto se parezca. Ni la pobreza es negligencia, ni incapacidad, aun cuando alguien pueda ser económicamente pobre por su causa.

En síntesis, la pobreza es medida, justo medio, aprovechamiento hasta el máximo de los bienes, y comunicación de éstos.

La pobreza factor de prosperidad. — La bondad esencial de la pobreza en ser **positiva**, es ser creadora. Es buena —se ha dicho— en cuanto nos torna libres para amar. Por esto la miseria es mala; nos esclaviza a vivir pendientes de la satisfacción de nuestras más primarias necesidades. En cambio la pobreza es un medio para alcanzar el amor que es cifra y medida de confraternidad social y de perfeccionamiento individual. Ella nos otorga movilidad y disponibilidad.

El carácter positivo de la pobreza hace que sea factor de prosperidad. No recorta las legítimas aspiraciones humanas, sino que las encauza. Por esto busca la cooperación, y lucha por desenvolver al máximo las capacidades del hombre; y le hace rendir a las cosas y a las instituciones todo su jugo. Por esto, la pobreza no es un estado anclado, sino de la mayor **dinamicidad**. Ella no permite el estancamiento de los bienes, sino que los empuja a cumplir su función social. Y evita todo **desperdicio**, porque obra siempre sobre presupuestos ciertos y tiene a la vista la constante amenaza de la inseguridad. Y vive la privación, que es acicate para la presencia de ánimo y para el trabajo.

La austeridad. — La pobreza tiene también una forma exterior de manifestarse, es la austeridad.

La austeridad, aun cuando a primera vista parezca una noción distinta de la pobreza, es una de las manifestaciones exteriores y tangibles de la pobreza de espíritu, a la vez que exigencia natural de la pobreza, como estado socio-económico. Es su modo de ser social; su manera de actuar. No admite intemperancias. Es expresión de sencillez y ponderación y simplicidad. A la par que marco, contorno, gusto y medida. En una palabra, la austeridad es la estética de la pobreza. Mas no se agota su contenido en la versión estética, sino que la rebasa para convertirse en régimen y norma de conducta de la vida social y económica. La austeridad es el polo opuesto del lujo y la ostentación.

El confort —en cambio— no se opone a la austeridad, ni es lujo. Es un bien corriente de la civilización. Mientras que el lujo es siempre motivo de cuidado y distracción, y constituye la manifestación vanidosa de la riqueza. Es su sensualidad. El confort tiene la propiedad de hacer, sin ostentación, agradable el medio en que se vive, y otorga facilidades para hacer grata y efectiva nuestra tarea. El lujo embaraza y el confort agiliza y simplifica la mecánica de la existencia. Y es un medio razonable que ayuda al desarrollo equilibrado de la persona humana. Se ha dicho —con acierto— que el confort es el resultado del progreso técnico de nuestra civilización actual en las distintas modalidades que pretenden mejorar al hombre. Es la higiene que le conserva la salud. Son la urbanística y la arquitectura que le buscan espacios vitales. Es la física y la mecánica que le cambian el fuego primitivo por la electricidad, y la hornilla por la calefacción, y el baño comunal en la fuente, por el de la sala privada. Es la ebanistería que le hace posible convertir el cuarto de dormir, en sala de recibo o en lugar de estudio; o el viejo depósito de libros, en biblioteca apta para su función. Es la decoración que armoniza, transforma y embellece con pocos y simples objetos el lugar que va a servirnos de morada o de despacho de trabajo, ¡talvez por una vida! ¡Cuánta economía, cuánta sencillez, cuánto bienestar y cuánta alegría puede proporcionar todo esto, y qué distante se encuentra de lo superfluo y de lo ostentoso!

La austeridad no es, pues, como creen algunos, una virtud personal y social para practicar en ciertos períodos de crisis o de escasez económica. Ella debe ser aceptada como norma de conducta permanente. Y en el campo nacional se torna exigencia imprescindible de los pueblos subdesarrollados.

Una de las características deplorables de las naciones en período de desarrollo, es el **despilfarro** que sus grupos dirigentes ocasionan a la economía nacional con sus **modas** de todo orden, y con el prurito de estar a tono con pueblos que han alcanzado, con el esfuerzo de siglos, llegar a un estadio de cultura y de progreso superiores.

Austeridad en la vida personal, familiar, profesional, industrial, comercial y estatal, es un imperativo no sólo de orden cristiano, sino de orden racional. Jamás el despilfarro, el lujo y la suntuosidad han engendrado el bienestar de la mayoría y la felicidad de los pueblos.

La pobreza conduce al equilibrio económico. — La aceptación universal de la pobreza como norma de vida económica, colocaría a los hombres y a la sociedad sobre el terreno de las realidades, y los curaría de ilusiones y utopías. Y cerraría el paso a los demagogos y reformadores que muestran al pueblo en la lejanía espejismos de riquezas y de cielo terrestre.

Y cuando decimos aceptación de la pobreza como norma de vida económica, estamos diciendo **aceptación** libre. Ella debe adoptarse voluntariamente, y no debe ser el resultado impiadoso y brutal del castigo impuesto por los de arriba para los que desafortunadamente se encuentran en la más baja escala del sistema económico. La pobreza debe ser medio que liberte, y no coyunda que se impone. Por esto no puede aceptarse, ni la pobreza impuesta por el **trust**, ni por la **filosofía comunista**. Ambas atentan contra la libertad y son niveladoras por lo bajo. La pobreza que proclamamos, ha de entenderse muy bien, es para adquirir la libertad, para ascender hacia estadios superiores.

La pobreza que proponemos, no es un punto fijo, matemático, ni simple subterfugio de tiempo de guerra. Es la resultante lógica de un estado social y económico, y el coeficiente de seguridad que garantiza la paz social, en un mundo que combate contra la ley del pecado, y la escasez, donde mueren millones de hombres por hambre, desnudez e ignorancia. Y cuyo crecimiento geométrico amenaza la estabilidad social. En fin, la pobreza que queremos es cierta **forma** de vida, cierta constante economía, que opere como foco de irradiación vital para todo el pueblo.

De aquí que esta pobreza no admite estancamientos ni marasmos en el desenvolvimiento económico, sino que busca **equilibrio** en la marcha. La marcha no puede ser acompasada si tiene que soportar el peso muerto de la miseria, o si la abundancia no camina sobre el mismo piso. Esta es la paradoja. La grandeza y el progreso exigen a un mismo tiempo, pobreza y abundancia. No se hace nada grande, ha escrito Maritain, sin una cierta abundancia; y no se hace nada grande sin una cierta pobreza. Esta es la ley trágica de la naturaleza humana. Lo que debemos pedir en el orden social a las nuevas formas de civilización, es que la pobreza de cada uno (ni hambres, ni miserias), una cierta pobreza privada, cree la abundancia común, la superabundancia para todos, si ello fuere posible.

Pero la abundancia debe ser la **resultante** lógica de que las cosas se ajusten a su ley natural. De aquí la gran tarea del Estado de vigilar que así sea, o intervenir cuando las circunstancias adversas lo e-

xijan. En esta forma se obtiene cierto equilibrio económico tan deseado para alcanzar la paz social y el progreso de las naciones. Sin caer, claro está, en soluciones budistas que miran el enriquecimiento económico, en sí mismo, como una cosa detestable que debe desaparecer de las relaciones humanas, y sueñan con una economía de mera subsistencia, y suprimen el progreso económico que, pese a todo, es uno de los grandes méritos de la civilización occidental (2).

Pueden pensar algunos que cuando ciertos cristianos proclamamos que la pobreza libremente aceptada y vivida debe colocarse como categoría de la orientación económica, estamos propalando una teoría del servilismo. Que pretendemos implantar un mínimo infrahumano, puramente animal, de comer, beber, dormir, y trabajar sin horizonte.

Nada más ajeno a la concepción cristiana de la vida, y al destino de los bienes dados por Dios al hombre para su disfrute. De ninguna manera el hombre vino a este mundo para ser un mero sujeto de producción y receptáculo de consumos. Si todos los hombres tuvieran que trabajar únicamente para vivir animalmente; “es decir, si cada uno tuviera que gastar la mayoría de su tiempo en trabajos de subsistencia para sostenerse a sí mismo y a su familia, nadie quedaría libre para el ocio o el trabajo de no subsistencia: la obra liberal de la civilización misma”. Y algo más: nadie podría perfeccionar su propio trabajo.

El tiempo es una dimensión de la vida del hombre que debe repartirse y jerarquizarse de acuerdo con los fines de éste. Y dentro de esta jerarquización el trabajo —moralmente catalogado— ocupa puesto muy principal. Es deber del hombre trabajar. Y hacerlo con la mayor perfección y eficiencia posibles. La perfección del trabajo es una exigencia moralmente obligatoria. Por esto se impone —como muy bien dice Alvaro D’Ors— una obligación humana general de perfeccionar constantemente y durante toda la vida la formación práctica del trabajo de una persona.

No podemos nunca estar satisfechos con nuestros viejos conocimientos profesionales. Cada profesión exige un constante incremento de conocimientos aplicables; si queremos verdaderamente que ese trabajo sea cada día más perfecto, para satisfacer así nuestra dignidad humana de trabajadores, impuesta por el propio Creador (3).

También debemos dedicar parte de nuestro horario para la propia formación espiritual. Y, además de esto, es preciso disponer de cierto tiempo libre para el descanso y la reparación de las fuerzas, y para incrementar nuestra cultura y ser instrumento de progreso, y adquirir mayor libertad. Porque el fin de nuestra cultura personal —lo dice D’Ors— debe ser precisamente la reconquista de la libertad y de una conciencia responsable.

2) — Julio Meinville: “Conceptos fundamentales de la economía”. Buenos Aires 1953, pág. 119.

3) — Alvaro D’Ors: “Cultura personal e tempo livre”. Revista Rumo. Año II, 18 Agosto, 1958, pág. 151. Lisboa.

Ahora, si todas las personas sin distinción de clases **debemos** dedicar parte de nuestro tiempo a acrecentar nuestra cultura personal, y a nuestra formación espiritual, necesariamente el **régimen económico** debe estar ordenado para proporcionarle a la mayoría del pueblo la facilidad de cumplir esos imperativos morales y culturales. Para nosotros, y en el estado actual de nuestra cultura y civilización, la pobreza cristiana que defendemos, es el medio de vida económico que son la mayor utilización de todos los bienes hace posible que cada hombre cuente con un mínimo de ellos indispensable para poderse perfeccionar y ser libre. Y no simplemente para llevar una vida gregaria y animal.

El enriquecimiento, mito decadente. — La doctrina social que ha cristalizado después de la guerra del catorce, ha arrojado como uno de sus saldos positivos, el concepto hoy generalmente aceptado, de que el problema laboral, es, ante todo, un problema de **desproletarización del trabajador**. Nosotros vamos más lejos. El problema profundo es el de descubrir y orientar las vocaciones personales. Por esto, para intentar su solución, se requiere empezar por dignificar su personalidad y por darle los medios para que se realice.

Con la reforma económica en general y de la empresa en especial, además de propiciar la desproletarización de los trabajadores y abrirles camino hacia su libertad económica, se pretende despertar en ellos su sentido profesional que los disponga positivamente a participar espiritual y materialmente en la tarea de la producción. De modo que el trabajo diario constituya medio de perfeccionamiento y elevación, que multiplique los valores vitales, para que éstos, realizados, traigan mayores beneficios para la persona y para la comunidad.

Se busca que la empresa, al mismo tiempo que produce bienes o servicios, produzca superación y felicidad humana. Porque el problema del trabajador es un problema vital, de su existencia íntegra, y no un mero problema económico. Mas los obstáculos por vencer afloran de todos los campos, y se requiere estudio, adaptación y perseverancia para llegar a la meta.

En este torbellino de ideas, descubrimientos, luchas y revoluciones, en que está envuelto nuestro mundo, todos nos hemos familiarizado con los cambios súbitos que en los distintos sectores se suceden. Pero en el campo de la justicia, y de la justicia social, sobre todo, cualquier hecho llena de alarma a las gentes, y suscita resistencias por todas partes. Pero, a pesar de esto, ella se impondrá. La batalla por la justicia social es de caracteres universales y en ella están empeñadas todas las vertientes ideológicas, pues el mundo tiene sed de justicia para apaciguar la sed de oro y de sangre que lo han dominado.

La lucha entre los sectores capitalista, comunista y cristiano, asume caracteres trágicos. Y el choque entre ellos viene creando traumatismos en las fronteras ideológicas de cada uno, y abriendo porosidades y agujeros por donde se filtran de un sector a otro sustancias corrosivas que afectan las armazones doctrinarias y perforan las partes débiles del espíritu que las anima. Esta es una de las consecuencias del ataque contra el enemigo. Los impactos contrarios terminan por dar en el blanco apetecido, si toda la arquitectura no es igualmente fuerte y

está animada por un espíritu infranqueable. Esto es lo que está pasando con los puntos flacos, no del cristianismo, sino de algunos cristianos llamados progresistas. Y con los programas que éstos han puesto en práctica en la vida social y económica. Pues se ha infiltrado el espíritu puramente materialista para resolver los problemas humanos en el campo social y económico. De aquí que sea tan ardua la tarea de iniciar una reforma a fondo de la estructura empresarial y económica, porque ella supone no sólo el desarraigo de viejos hábitos y de prácticas consagradas por el pensamiento económico capitalista, sino que está interferida por la confusión ideológica y la intervención comunista. Y porque en definitiva, supone y requiere el ejercicio de una nueva conducta en la vida económica y social de conjuntos humanos de distintas culturas y calidades sociales.

En el campo de la empresa industrial, comercial y agrícola, tanto los propietarios de los medios de producción como los trabajadores, tienen que adoptar cierta forma de vida compatible con sus necesidades, y con las de la comunidad en general, que tenga la misma raíz espiritual e idéntico contenido moral. Y que haga posible la creación de una atmósfera donde se respiren aires de justicia y fraternidad.

Toda reforma que se intente en los simples engranajes económicos, es muerta, si permanece la mentalidad capitalista de hacer todos los días más rico al rico, e insuflarle al trabajador la idea de que algún día también lo será. Por este camino no es posible encontrar el punto de equilibrio y de entendimiento. Los beneficios de la empresa serán siempre insuficientes para el capitalista que anhelará más. Y los salarios, participaciones y prestaciones sociales, jamás alcanzarán la medida ambicionable por el trabajador. Esta realidad trae otra inevitable, que es la lucha y la victoria del más fuerte; como lo demuestra toda la historia contemporánea. Por esto se impone la limitación. Pero no la simple limitación a que obligan las leyes coercitivas, sino la limitación que impone la aceptación racional de una forma social y económica de vida.

Si la riqueza no es el signo universal dominante en la mayoría de las naciones; ni todas están dotadas de tierras fértiles; ni los hombres poseen las mismas energías y capacidades, conocimientos y oportunidades, es apenas juicioso pensar que el hombre debe regirse, en lo económico, por **unidades** que estén más o menos al alcance de todos. Entonces, lo razonable, es buscar aquella forma de vida económica posible que asegure para los más una vida digna y salve los valores más altos de la persona humana, y que tenga su origen en el trabajo libre y remunerador.

El trabajo es el oro potable de nuestra civilización. Y la fecunda sangre del pobre que circula por todo el aparato económico. De aquí que, como decía muy bien Unamuno, la terrible sed de oro potable, se convierte en sed de sangre humana. Los que estrujan a un hombre o a un pueblo para extraerle su oro, o lo que lo valga, lo estrujan para sacarle la sangre, y tienen sed de sangre. Por esto cuando se defienden los derechos económicos del trabajador, no se hace otra cosa que defenderle su propia integridad personal y la de su familia. Hasta este punto nos ha llevado la economía a espaldas del hombre.

Y cómo apagar o siquiera atemperar esta sed de oro, esta sed de sangre! Tendrán la economía y las empresas capitalistas —en sí mismas— resortes propios para auto-limitarse? Alguien los ha descubiertos? La historia económica del capitalismo nos los puede mostrar? No, de ningún modo existen; ni nadie los puede indicar. El capitalismo obedece a la filosofía del progreso indefinido. Sed oceánica de todas las fuentes y de todos los luchos del trabajo. Sin pensar en que el progreso más bello es dar de comer a todos los hambrientos, de beber a todos los sedientos, y de vestir a todos los desnudos. “La suprema belleza es la de las obras de misericordia. El arte adorna la vida; sólo la embellecen la caridad y la justicia fundidas en una”.

Es preciso, pues, buscar fuera de las órbitas capitalistas la medida, la difícil medida que coloque a todos los hombres en condiciones económicas de cumplir su destino. Ellos buscan afanosamente el mínimo humano para libertarse de la conyunda de sus necesidades apremiantes, y poder realizar la vida de su espíritu. Para poder amar. Porque la tendencia social del espíritu, en su más alta jerarquía, es el amor. El amor a la familia, al arte, a la ciencia y al Ser Supremo. Por eso sólo podemos realizarnos en la medida en que somos libres, en que no nos atan las cosas y sus vanidades. Esta es la honda y dramática lucha que acomete el espíritu. El combate entre el apetito adquisitivo y el valor social del amor. Quien quiere las cosas para sí no puede vivir para los demás. Por eso el principio económico es realmente quebrantado por el caritativo. La ley inmanente de la economía desconoce toda dádiva y toda renuncia por motivos desinteresados. Está esto de acuerdo con el hecho de que allí donde el amor ha de constituir la norma de vida toda, impere el voto de la pobreza. El monje, que ha de vivir para los demás, a nada puede llamar suyo (4).

La pobreza que, de consejo evangélico, el monje y muchos otros cristianos han hecho medio voluntario de perfección, tiene hoy realidad en la vida económica. Y la tiene en mayor grado en naciones como la nuestra, donde la ignorancia y la miseria invade crecidas zonas humanas. Porque a la aceptación de la pobreza llegaremos irremediablemente si de verdad aspiramos a mejorar a las clases trabajadoras. Si por falta de principios cristianos o por debilidad no realizamos el ideal de la pobreza, por la fuerza de los hechos sociales y económicos y por la violencia explosiva de los débiles llegaremos a ella.

El anhelo fundamental no es lograr, como han pensado algunos, que los ricos sean menos ricos y los pobres menos pobres, sino de que no haya miserables. De que no haya personas y familias que carezcan de los bienes económicos indispensables para vivir simple y honestamente. Bien estarían como divisa para los gobernantes, estadistas y empresarios, estas palabras de Moisés: “Oh Israel, no soportarás que haya en tu seno un solo mendigo, ni un sólo indigente”. Esta es la tarea social y económica por emprender.

Ahora, para que la lucha contra la miseria sea eficaz hay que iniciarla desde su raíz y origen. Con la educación, cuando procede de

4) — Eduardo Spranger: “Formas de vida”. Madrid 1954, pág. 211.

la ignorancia; con la virtud, cuando procede del vicio; y con un orden social y económico cuando procede del desorden, del despilfarro y de la explotación inhumana del trabajador y del débil.

Pero para establecer un nuevo orden social y económico es preciso aceptar ciertos presupuestos. Y partir no sólo de principios conocidos y vividos, sino de ciertas realidades sociales y económicas. Es un hecho social, por ejemplo, que la miseria materializa a los hombres mucho más que la opulencia. Y los conduce a la desesperación biológica, y a la otra, si carecen de soportes espirituales para resistir. Con razón se ha dicho que sólo un santo puede orar con el estómago vacío. La tiranía del estómago no deja ver el cielo estrellado. "Es imposible practicar la virtud si no se posee un mínimo de bienestar", decía Santo Tomás. No lo necesario para no morir, sino lo necesario para el desenvolvimiento de nuestra vida. El indigente, dice Lacordaire, desciende al plano del instinto del animal; con la preocupación de sus necesidades materiales, olvida su origen y su fin; lanza al viento su vida divina cuyo germen está en él, y apenas se preocupa en obligar a la tierra a darle los bienes a espaldas de la eternidad. Luego, si la miseria es más nociva que la opulencia, porque materializa más al hombre, la creación del nuevo orden económico y empresarial debe encaminarse en primer término a desarraigarla y extirparla.

En este orden es importante empezar porque los privilegios de fortuna cedan al puesto a la justicia social; que el salario justo reemplace a la liberalidad mezquina. Y que la concurrencia de intereses ceda su puesto a la cooperación equitativa. Para que así las demandas económicas se impregnen de justicia y corran por los canales de ésta para desembocar luego en el gran estuario de la confraternidad y el amor.

Cuando los trabajadores alcancen la plenitud de sus derechos y el trabajo se imponga como obligación social y moral para todos, necesariamente surgirá un común denominador económico que equilibre los extremos y haga posible el ascenso de los menos favorecidos, y desaloje la indigencia y la miseria. Este común denominador no puede ser otro que la **pobreza**. Debemos aceptar ésta como un hecho económico-social evidente. Y si además de aceptarla como un hecho económico la incorporamos como espíritu en el ejercicio de nuestra conducta personal y familiar, seguramente alcanzaremos la implantación de un orden justo para todos. La aceptación de la pobreza, es, pues, uno de los presupuestos necesarios para entrar a resolver el problema económico y social.

Pero como la adopción de toda forma de vida requiere de ciertas enseñanzas, de cierto aprendizaje, es preciso preparar al pueblo para la aceptación de la pobreza. Hay que crear la pedagogía de la pobreza. Implantarla en la familia, en la universidad, en la fábrica, en el agro; en las asociaciones de trabajadores debiera ser materia de primer orden, lo mismo que en la orientación vocacional y profesional.

La agitación social y política en que está sumida Hispanoamérica, y el afán de salir del subdesarrollo económico, nos están empujando irracionalmente hacia la búsqueda de fórmulas de toda índole. Fórmulas a corto término, mejor, fórmulas para hoy. En este afán se

reunen conferencias, congresos, asambleas, se contratan planes y se importan técnicos. Y los predicadores de catástrofes anuncian a plazo cierto, la dominación extranjera y la revuelta caótica. Y en este crujir de dientes anticipado irrumpen a borbotones soluciones caseras con la pretensión de panaceas irremplazables. No hay quien no tenga a mano su cartilla de diagnósticos y su formulario de aciertos. Pero pocos en realidad se detienen a mirar y examinar el cuadro social desde el ángulo de su **propia personalidad**; de su propio deber para con la patria, de su sacrificio para con el bien común, de su aporte de generosidad, de su espíritu de colaboración, de su trabajo y lucha para hacerse mejor y contribuir a hacer mejor a los otros.

Vivimos en función externa de exigir de los demás lo que no estamos dispuestos a dar de nosotros. De aquí que siempre pensamos que si se requiere una misión de recristianización, no es para nosotros, sino para los demás; si se habla de justicia social, no es para aplicarla en nuestra propia casa con el servicio doméstico o en nuestra empresa, sino en la de otros; si se predica convivencia política, es para exigírsela a los contrarios y no para vivirla en el propio grupo. Partimos siempre de los **otros** y no de nosotros mismo. Este es uno de los errores que nos está impidiendo ver en perspectiva la situación real en que nos movemos y, por lo tanto, que nos incapacita para hallar las soluciones adecuadas a nuestros problemas.

La corta vista que el mismo subdesarrollo nos ha impuesto, por falta de una concepción íntegra de la vida y de la cultura auténtica y cristiana, no nos permite apreciar la magnitud de nuestra tarea, ni descubrir todos los medios idóneos para salir del estado de inferioridad en que nos encontramos. Por esto nos quedamos en el campo puramente material y económico, vislumbrando solamente posibilidades de esta índole; y dejando de lado directrices morales y culturales que son las que nos pueden abrir horizontes positivos de redención y de progreso. Pues la solución del problema se halla en volver a colocar en su lugar al **único** valor absoluto, y en volver a su posición a la **única** mística legítima. Contra la mitología moderna hay sólo un remedio radical: la restauración de una concepción verdaderamente **total** de la vida, en la que cada cosa ocupe el lugar que por **naturaleza** le corresponde, y no el lugar que le asigna nuestro espíritu (5).

En Hispanoamérica estamos esperanzados en que el camino de la prosperidad se nos está abriendo con la ayuda económica que con frecuencia recibimos, y todos nuestros presupuestos futuros los estamos montando sobre la base de que seremos ricos, muy ricos. Surge entre nosotros el mito decadente de la riqueza; mito que en otros continentes está periclitado, por ser uno de los anuncios de las civilizaciones agonizantes. Y por esto en Hispanoamérica sólo importa la producción, y la gran producción, sin tener en cuenta el valor humano del trabajo, ni la dignidad del hombre. Se diviniza a la sociedad anónima y se le cierra el paso a la sociedad cooperativa, fuente de solidaridad y de paz,

5) — Alceo Amoroso Lima: "Mitos de nuestro tiempo". Buenos Aires 1944, pág. 110.

e instrumento el más adecuado para realizar el ideal de la pobreza en la organización económica. Se disgrega la educación y se le quita toda inspiración filosófica y moral para saturarla de contenidos técnicos. Y la política se agota en simples cálculos electorales o en fórmulas de compromiso. A la vida solo se le mira por el lado de las dificultades o de los éxitos económicos. Lo que muchos llaman el gran malestar, el desasosiego social, no proviene del miedo de los acontecimientos ciclópeos que nos cercan —como dice Tristan de Athayde—, sino que reside sobre todo en el problema de aumento de impuestos, o de la posibilidad de una reforma agraria, o de la dificultad de obtención de mayores ganancias o de la intervención del Estado en las economías particulares; en suma, en la amenaza creciente contra el apetito individual de enriquecimiento. Por esto al comunismo sólo se le teme por el lado económico, y poco o nada importa su concepción filosófica. Y los diques que la ingenuidad levanta, dizque para contenerlo, son de carácter limosnero.

Ya se ha dicho y repetido por los sociólogos —y es lugar común— que el ambiente en que vivimos está cargado de todo lo que conforma a las grandes épocas de vida y de fe. Vivimos en medio del riesgo y la incertidumbre. Vivimos en una época de sufrimiento. Vivimos en la orilla de la muerte y la catástrofe. De la angustia y de la intranquilidad. Del trabajo y no del reposo. De inseguridad y no de estabilidad. De lucha y no de gozo. Por esto volvemos los ojos a Dios, o a los dioses mitológicos de nuestro tiempo, como la riqueza, sustituto monstruoso de la Divinidad.